

MÉXICO Y SU TERRITORIO

Florencio Janer*

Ofrecemos a nuestros lectores en el adjunto grabado el mapa del territorio oriental de la República Mexicana, comprendido entre Veracruz, México y Tampico. Hoy que los ojos de todas las naciones se hallan puestos sobre los aliados y sobre los españoles, en particular los que pisan las playas de aquella región del Nuevo Mundo, en demanda formal de desagravio, serán leídas con gusto las siguientes noticias acerca del territorio de aquella república federal y de su historia antigua y moderna.

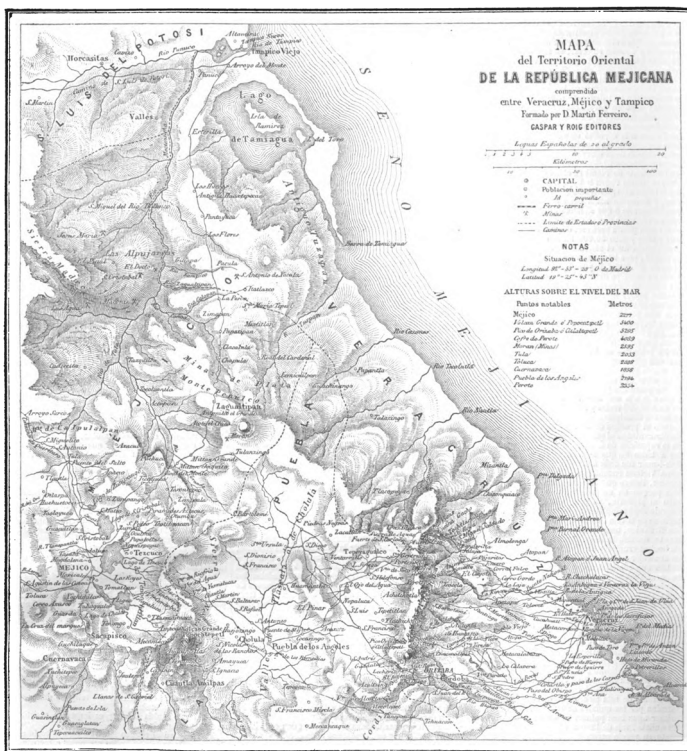


Fig. 28. Mapa del territorio oriental de la República Mexicana comprendido entre Veracruz, México y Tampico. Formado por don Martín Ferreiro, Gaspar y Roig, editores, p. 108.

* Janer, Florencio, «México y su territorio», *El Museo Universal*, VI, núm. 14 (6 de abril de 1862), p. 110. II. <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003384965&search=&lang=es>

El territorio de México confina por el Norte con los Estados Unidos, por el Este con el mar de las Antillas y el golfo de México, por el Sur con Guatemala y por el Oeste con el mar Pacífico. Su superficie es de 269.630 leguas cuadradas, y su población, de 7.097.900 habitantes, de los cuales 1.500.000 son blancos; 2.000.000, criollos; 3.590.000, indios y 7.900, negros. Una gran cordillera de montañas atraviesa el territorio y estas se denominan Sierra Madre, Sierra de los Mimbres, Cordillera de México, Sierra Verde, etc. Hay numerosas minas de oro, de plata, de mercurio y de piedras preciosas. El suelo, arenoso en la costa oriental y muy fértil en las regiones bajas de la costa occidental, produce azúcar, cacao, vainilla, algodón, cochinilla, palo campeche y generalmente todos los productos de países ecuatoriales. Las alturas más notables sobre el nivel del mar, en metros, son las siguientes: México, 2.277; volcán grande Popocatepell, 5.400; pico de Orizaba, 5.205; minas de Morán, 2.593; Tula, 2.053; Toluca, 2.639; Cuernavaca, 1.636; Puebla de los Ángeles, 2.194; Perote, 2.354.

Como ha dicho muy bien un conocido académico,¹ la conquista del Nuevo Mundo por los españoles fue uno de aquellos memorables acontecimientos que, por la singularidad de sus circunstancias, aún más que por el hecho mismo, encarecen sobremedida el valor de los que le llevaron a cabo y la gloria de la nación en donde se concibió tan atrevido pensamiento. El espíritu belicoso de nuestros antepasados, no debilitado todavía después de siete siglos de lucha tenaz con los hijos del islamismo, no satisfecha su ambición de gloria con haber sentado el pendón de Castilla en las almenas de Italia y Flandes, renació con nuevos bríos cuando, a consecuencia de los descubrimientos de Colón, halló otro nuevo teatro en donde hacer gallarda ostentación de sus hazañas, otro mundo que someter a la pujanza de sus armas vencedoras. El valor y la fortuna coronaron sus esfuerzos; el valor y la fortuna ofrecieron a la asombrada Europa el majestuoso espectáculo de un acontecimiento grande y sorprendente, que no tiene igual en la historia moderna de las naciones. Verificado con los más escasos medios que pueden emplearse en la guerra, y por un puñado de combatientes cuyo valor y audacia suplía la escasez de su número, no podía menos de lisonjear el orgullo nacional y de excitar a nuestros escritores a dejar consignados en la historia multitud de hechos heroicos que hoy mismo parecen superiores al esfuerzo humano.

Y no poco contribuye a la atención que presta todo el mundo a la actual expedición contra México el recuerdo de ese mismo espíritu belicoso de nuestros antepasados, empleado con escasos medios en la guerra. Porque no se esperaba que la España, este país tan combatido en su renacimiento, no solo alcanzara en África inmarcesibles laureles, sino que estuviese dispuesto, por reconocerse fuerte, a demandar satisfacción a cualquiera que osara burlarse de sus banderas.

Es enteramente imposible que nuestros soldados den un solo paso en el territorio de México sin hallar en todas partes recuerdos de los españoles, de los soldados de Hernán Cortés, antepasados suyos. Porque si bien la civilización primitiva de los indios reflejaba doquier la grandeza, el poder y la inteligencia de la raza gobernada por

1. Don José de la Revilla en su prólogo a la *Historia de la conquista de México*, escrita por don Antonio de Solís.

Moctezuma, debe reconocerse después el sello de la dominación española que continúa por tantos años en aquellos países.

México se hallaba dividido en pequeñas repúblicas que reconocían la soberanía del emperador Moctezuma. La prepotencia de aquellos pueblos era grande y alternaba dignamente con su cultura. El mismo Hernán Cortés no vacilaba en asegurar en sus cartas al emperador Carlos V que los indios tenían la misma manera de vivir, el mismo orden y concierto que la gente de España; que lo que había visto en la capital de México no tenía *semejable* en Europa, y que respecto de las cortes y sus ceremonias no había ninguna, ni aun de soldanes ni príncipes infieles, que pudiese compararse con la de Moctezuma. He aquí por qué, al ocuparse un afamado escritor contemporáneo² de la civilización primitiva del Nuevo Mundo, ha dicho: «La Europa espera ha largo tiempo, y con sobrado fundamento, la aparición de un libro en el cual pueda contemplar la civilización primitiva del Mundo Nuevo tal como era real y positivamente, y no como las preocupaciones o los intereses de otros tiempos quisieron que apareciera».

México permaneció bajo la dominación española hasta el año de 1821, en que una insurrección la separó de la metrópoli, constituyéndose en república federal independiente.

De nuevo brotan hoy al viento en las playas mexicanas las banderas españolas, y si bien no con afán de conquista, serán al menos respetadas demostrando que la España es una nación digna, fuerte y poderosa, muy capaz ya por sí sola de no dejarse imponer ni por sus enemigos ni por sus émulos.